

PETRARCA: DOS ASPECTOS QUE NO HAN DE OLVIDARSE *

LUGI FIORENTINO

Los epistolarios

Petrarca consideró el idioma vulgar como lenguaje popular, indicado para la poesía de amor pero inmaduro para las obras de cultura y para expresar sentimientos elevados. Habitado a conversar con los clásicos más que con los contemporáneos, fue un enamorado del latín, la lengua de los doctos, universalmente comprendida: en latín escribió casi todas sus obras con la convicción de que éstas iban a darle gloria. La gloria la obtuvo, sí, pero debido a esas líricas en lengua vulgar que él con falsa modestia solía llamar catulianamente "nugae" o "nugellae", cosas de poco valor. Mas no debía juzgarlas como tales en realidad, dado que a ellas se dedicó con obstinado empeño, revisándolas y puliéndolas casi hasta su muerte.

De índole egocéntrica se nos muestra Petrarca en lo más vivo de sus obras: una de las fuentes más ricas de su vida, de sus incertidumbres, de sus viajes, de sus ideas, nos la ha dejado en su vastísimo epistolario (*Epistolae*) por él en gran parte ordenado y distribuido en grupos: *De rebus familiaribus* o *Familiares*, en veinticuatro libros en los que están reunidas las epístolas escritas desde 1326 hasta 1361; *Seniles*, en diecisiete libros que contienen las que fueron escritas después de 1361; *Sine nomine*, reunidas en un libro, éstas no llevan el nombre de los destinatarios pero se sabe que se trata de personajes de la curia de Aviñón. Las *Variae*, también reunidas en un libro, son las que no fueron tenidas en cuenta por Petrarca y las descubiertas más tarde por los estudiosos.

*Versión castellana de "Gli epistolari" y de "Il sentimento umanistico e le idee politiche", del capítulo VI: Francesco Petrarca, de la *Storia della Letteratura Italiana*, volumen II: "Il Trecento". Ed. Mursia, Milano, 1965. La traducción se ha hecho con permiso especial del autor y ha estado a cargo de la profesora María Elena Chiapasco.

Las *Familiares* dedicadas a Ludovico de Campinia, dirigidas en su mayor parte a parientes y amigos a quienes a veces llama con nombres clásicos; y a clásicos (Cicerón, Séneca, Livio, Virgilio, Homero, etc.) se dirige en el último libro doliéndose por sus escritos perdidos, bosquejando los rasgos de los que se han salvado, mostrándose de acuerdo a menudo con ellos, otras veces discutiendo algunas de sus opiniones. Las *Seniles* dedicadas a Francisco Nelli, ponen en luz las ideas políticas del autor y su aversión por la Escolástica y por la astrología. Las *Sine nomine* critican la corrupción y la pompa de la corte pontificia de Aviñón.

El modelo para estas cartas es Cicerón. Se equivocaría quien buscara en ellas confesiones realmente sinceras y la palpante intimidad del poeta. El sabía que pasarían a la posteridad: escribiéndolas, raramente se abandonaba o se descubría a sí mismo por entero; por el contrario, se vigilaba también en el estilo, el cual, si bien admirable, no es el estilo brillante de los humanistas del siglo sucesivo. Cuando más tarde las ordenó en grupos y en libros, las sometió a una atentísima revisión, eliminando lo ocasional y lo superfluo, alterando fácilmente los hechos a fin de mostrarse en la perspectiva más favorable. Ellas, pues, lejos de entregarnos el ánimo de un hombre y su verdadero comportamiento, deben ser consideradas como escritos de arte que, iluminados ocasionalmente por el centelleo de algún sentimiento sincero, atestiguan la erudición de Petrarca, su argucia al narrar ciertas anécdotas, su capacidad para fijar con breves rasgos el íntimo y oculto sentido de los lugares visitados, el vastísimo círculo de sus relaciones en Europa.

La misma *Epístola ad posteros* o *posteritati* que no está vinculada a las demás y que probablemente debía concluir el ciclo de las *Seniles*, no se sustrae a la mistificación realista a que se ha aludido. En ella Petrarca narra las vicisitudes de su vida hasta 1351, deteniéndose a analizar su carácter cambiante en un cuadro de reflexiones morales; pero es bien evidente el intento de querer transmitir a la posteridad un retrato idealizado de sí mismo.

El sentir humanístico y las ideas políticas

La complejidad del epistolario, y más aún, las actitudes contradictorias en que se lo sorprende a Petrarca han dividido a los estudiosos en dos grupos. La perplejidad y variabilidad de su índole, los numerosos viajes y el amor por los clásicos son, para algunos, claras señales para afirmar que se está frente a un hombre nuevo, más aún, frente al *primer hombre moderno*, precursor del humanismo y hasta de ciertos espíritus prerrománticos; los reiterados latigazos contra la corrupción de la Iglesia y la sincrónica exhortación a un retorno a la antigua austeridad del catolicismo son, para otros, elementos suficientes para incluir al poeta en la tradición medieval.

Hay algo de verdad en una y otra tendencia, especialmente en la primera; pero cabe observar que Petrarca es un gran poeta y no un filósofo y mucho

menos un político. De temperamento demasiado apacible para la política militante se limitó a cumplir misiones diplomáticas y a actuar como pacificador entre las ciudades en conflicto. No tuvo un claro, definido pensamiento político, sino más bien aspiraciones políticas, anhelos, ideas. Y estuvo acertado De Sanctis cuando observó que la política para él fue ocasión, no vocación. En este sentido ciertas incoherencias del poeta aretino se comprenden mejor: su amistad por los Colonna y su entusiasmo por Cola di Rienzo que fue despiadado perseguidor de los Colonna; su exaltación de César y su proclamada fe en la libertad y en la justicia; su hostilidad contra los bárbaros germanos y sus exhortaciones a Carlos IV de Bohemia a fin de que éste restableciera el orden en Italia; su amor por la República Romana y su esperanza de ver en Roma la sede del emperador de Bohemia. En cambio, puede decirse que es constante su sentimiento de devoción por Italia y por Roma. Cuando viaja por Europa las recuerda constantemente. Comparando las bellas cosas que ha visto con las de Italia se declara orgulloso de ser italiano: *Italicus sum*. Italiano significa latino, latino significa civil, civil significa antibárbaro: *Sumus enim (...) non Barbari, sed Itali et Latini*. No deja de exaltar la cividad de su patria en muchas etapas de sus viajes. Dice que Italia es el país que goza del más bello clima, añade que en él querría vivir y morir porque fuera de él se está como exilados. Muchas veces sueña con una Italia geográfica, histórica y moralmente unida haciendo notar que su confin occidental es el Varo, *más allá del cual está Niza en tierra italiana*.

Por Roma sintió una especie de culto: no es casual que la visitara cuatro veces. La llama *ciudad única en el mundo*, la que *en la tierra hace las veces del cielo*, la que contiene las cenizas de los mártires de la fe, *bañada con la sangre preciosa de los testigos de la verdad*. En Roma reposan los huesos de los antiguos poetas. Ella no defrauda a quien la visita porque la realidad se revela superior a lo imaginado. Ni tampoco —dice— hay que maravillarse de que una ciudad de esa naturaleza haya dominado al mundo; por el contrario, se sorprende de *que tardara tanto en ser dominado*. Cuanto más la contempla más está *dispuesto en su ánimo a creer como verdaderas las grandes cosas que de ella se han escrito*. Siente a Roma en lo íntimo de su corazón por sus glorias pasadas, sí, pero especialmente porque ella sola puede enaltecer los destinos de la patria. Para sus adentros piensa en una monarquía italiana encomendada a Roberto de Anjou, pero lo entusiasmo la tentativa de Cola di Rienzo a quien saluda (*Varie*, 48) con retóricas pero convencidas palabras: *Salve, oh fundador de la libertad, de la paz, de la tranquilidad de Roma. Por ti los que ahora viven podrán morir libres, libres nacerán por ti los que vivirán en el futuro*. Reclama el retorno del Papa a Roma, califica a la corte aviñonesa como *presidio, Babilonia occidental, fuente de dolor, albergue de ira, escuela de errores y templo de herejía* (CXXXVIII), invoca que el cielo haga descender sus *llamas* sobre ella.

Aquí el poeta se coloca en una línea dantesca, pero con diferencias nota-

bles: la poesía del florentino es a un tiempo rupestre y tajante, la del aretino plácida y *hortatoria*. Ahí donde Dante logra estremecer, Petrarca no va más allá del consejo y el llamado al buen sentido, como en sus más felices canciones políticas *Spirto gentil* (LIII) e *Italia mia* (CXXVIII). En la primera se dirige a un personaje (probablemente Cola di Rienzo) a quien el pueblo ha llevado al gobierno de Roma, primera etapa para la resurrección de Italia. Ahora que tiene en sus manos el poder es cuando debe preocuparse por restaurar los edificios ruinosos, por rehabilitar la religión, por restituir la paz y la seguridad las que se pueden alcanzar haciendo cesar el odio entre los nobles; y debe castigar a los revoltosos. Ellos no son ciudadanos de Roma, son sus enemigos:

*Di costor piange quella gentil donna
che t'à chmato, a ciò che di lei sterpi
le male piante che fiorir non sanno.*

(v. 74-76) ¹

La segunda canción nace del deseo de ver aligerados los males de Italia que son cada vez mayores y más dramáticos a causa de la guerra fratricida que se hacen entre sí los distintos príncipes sirviéndose de mercenarios extranjeros: *Che fan qui tante peregrine spade?*² pregunta. Esos bárbaros jamás darán su sangre por una causa que no les concierne. Dios ha puesto los Alpes entre Italia y Alemania y ahora, oponiéndose a la Providencia, los italianos permiten que un verdadero flagelo descienda a través de los Alpes e invada nuestras comarcas. Sean expulsados de una vez por todas los invasores. Ilumí-nese la mente de los príncipes, cegada por la pasión, retorne finalmente la paz:

I' vo gridando: Pace, pace, pace.

(v. 122) ³

La diferencia entre él y Dante no está solamente en el tono *hortatorio*, que es constante en el Petrarca político. Dante exalta en Roma la doble sede espiritual y temporal del Imperio universal. Petrarca, ciudadano de un mundo en el que no hay lugar para una coexistencia tan anacrónica, piensa en Roma como en la única virtud moral e histórica capaz de unir a los italianos dentro de un más vasto cuadro de pacificación europea. Ya en este pensamiento, aún en el cruce de las contradicciones, él es un hombre nuevo; pero son sus inquietudes, su directa experiencia del mundo, la ilusión de huir de

1 Por ellos se lamenta esa gentil dama / que te ha llamado para que de ella arranques / las malas plantas que no saben florecer.

2 ¿Qué hacen aquí tantas espadas extranjeras?

3 Yo voy gritando: Paz, paz, paz.

su propio tormento mediante la evasión, su profundo sentimiento de romanidad, los que lo hacen verdaderamente nuevo y moderno. Su modernidad está en las señaladas inquietudes, y más aún, en su modo de leer: no es la suya lectura de gramático o de retórico, sino gozosa lectura de amor, expresión de un sentimiento que, vinculándose a una tradición de cultura interrumpida desde hacía siglos, aspira a una radical renovación espiritual.

Debe también notarse que de la antigüedad no lo aceptó todo: acoge a Livio pero tras haberlo comparado con los testimonios de otros historiadores, demuestra que ciertas cartas atribuidas a César no son de él; en contra de la leyenda de un Virgilio precristiano ⁴ que en su IV Egloga había anunciado el futuro nacimiento de Cristo, él con intuición moderna, declara no compartir ese parecer. Entre los escritores a él más caros tiene preferencias: sus modelos para la prosa latina son Cicerón y Séneca, para la poesía Virgilio y Horacio. Así se explica por qué, en oposición a sus contemporáneos, no sigue las normas del *cursus* y del *ars dictandi*. Su sentimiento de romanidad le hace buscar libros que no posee. Su biblioteca es rica, pero él opina diversamente. Quiere conocerlo todo de los clásicos y al mismo tiempo desea salvar las obras antiguas de la destrucción. Para procurarse los libros difíciles de conseguir se declara dispuesto a cualquier sacrificio. Lleva sus búsquedas a las bibliotecas que han sobrevivido al vandalismo, escribe a los amigos rogándoles adquieran para él las obras que le faltan. Si la adquisición no es posible, las pide en préstamo, las copia o las hace copiar. En Lieja en 1329 ⁵ consigue hallar dos oraciones perdidas de Cicerón; en Verona en 1345, tras *muchas y largas búsquedas, allí donde menos lo esperaba* halla las ciceronianas *Epistolae ad Atticum*. Lee ávidamente, repetidas veces. En los libros que le pertenecen anota a menudo al margen o a pie de página, las impresiones recabadas o el resultado de sus búsquedas históricas. También los prehumanistas de la Italia septentrional se habían conducido del mismo modo, pero con ánimo distinto como se ha visto. Petrarca obedece a una incontenible vocación. Está además convencido de que para renovar a los hombres espiritual y moralmente es preciso leer a los antiguos clásicos con el apoyo de la fe cristiana. Dice que la vida es una incógnita. Las letras y la filosofía, con la ayuda de Dios, guían a los hombres al conocimiento y al bien. Así él se esfuerza por determinar un punto de encuentro entre el pensamiento cristiano y el clásico. Su apertura hacia el humanismo también se manifiesta en esta dirección que él recorre sin plantearse problemas de método o de filología.

En cuanto a la filosofía petrarquesca, es de observar que ésta consistió más bien en una actitud de su espíritu y carecía por lo tanto de una elabo-

4 Véase a tal propósito el Purgatorio dantesco, XXII, 64-72.

5 Acerca de este hallazgo casi todos los estudiosos concuerdan en el año 1333, olvidando que Petrarca visitó Lieja también en 1329. Para fijar la fecha exacta hay una de las *Seniles* (XVI, 1) que debería disipar toda duda.

ración sistemática. Ya se dijo que Petrarca fue indiferente al racionalismo de la Escolástica cuyas verbosas pedanterías le parecían estar fuera de la realidad. A él le interesaba la felicidad del hombre sobre la tierra y el modo de lograrla a través de una vida virtuosa. El problema de la existencia le hace preguntarse por qué hemos nacido, de dónde venimos, a dónde vamos. Responde siguiendo a Platón y afirmando que el alma ha sido creada por Dios junto con el cuerpo: ella viene del cielo y, puesto que al cielo deberá retornar, es inmortal. Creador del mundo es Dios, nada es *sub caelo stabile*, siempre son mudables las cosas humanas. Esto basta para hacer comprender su aversión por el averroísmo hasta en sus extremas derivaciones. De Aristóteles subraya la grandeza de su doctrina, aprecia su pensamiento retórico pero rechaza el ético. Al saber lógico de la Escolástica antepone el saber empírico de la Patrística, humano y persuasivo, especialmente el de San Agustín al cual se siente próximo. Preocupado por el conocimiento del hombre ve en Platón —a cuyo estudio lo habían llevado sus maestros de *humanitas*, Cicerón y San Agustín— al filósofo príncipe: Cicerón lo había divulgado romanizando su pensamiento; San Agustín lo había considerado como un espíritu precristiano. La moral filosófica de Petrarca nace del encuentro entre la verdad cristiana y la doctrina platónica mediada por Cicerón. Poco importa si luego intentará, sin lograrlo, subordinar ésta a aquélla. *No soy* afirma en su *De sui ipsius et multorum aliorum ignorantia*, *ni ciceroniano ni platónico, sino cristiano, ya que estoy convencido de que Cicerón habría sido cristiano, de haber conocido a Cristo y a su doctrina. En cuanto a Platón no hay duda alguna, según el mismo Agustín, de que si él viviese en esta edad, o si, cuando vivía, hubiese podido prever el futuro, de que hubiese sido cristiano.*

LUIGI FIORENTINO

Università degli Studi di Siena